

diga? Son como vosotros, lo mismo. No te cases, marqués: ya tienes bastante con nosotras para meterte en eso.

—Hablas como un ángel. Dime, pues, lo que has visto, alegría de mi corazón.

—Lo que he visto, sin ir más lejos, fué ayer noche. Un señor y una dama, ambos en un coche. El coche se paró en el café de Orsay. Yo estaba en la ventana. Por lo visto, el sitio es una especialidad para ciertas citas. Allí van señores serios con damas del gran mundo, naturalmente. ¡La dama llevaba un velo, pero tan espeso! No era encaje, amigo mío, sino una colgadura de entierro de primera clase. Pero esto no importa nada. No hay dos que tengan sus líneas: ¡son características! ¡Y sobre todo sus cabellos! Un moño tan abultado como un melón y de un negro lustrado. No lo tienen más que las italianas, ¿comprendes?

—Sí; ¿y el señor?

—Pradine, ese bruto de Pradine, un salvaje hermoso...

—Continúa: eso tiene un interés palpitante.

—Ayer nos dedicamos á escuchar. Figúrate tú que se metieron en el gabinete de al lado. ¡Los tabiques! ¡Son traidores! Han estado dos horas. Nosotros también: porque, claro, nos aburríamos. ¡Ah!, amigo mío, y así se habla de nosotras.

—¡Toma, toma, toma!—dijo el marqués con una graduación expresiva.—Si Saville supiese estas cosas, á buen seguro que no serían de su gusto.

—¡Oh!, á fe mía—dijo Nanine, que comprendió,—han hecho bien. ¡Saville es un monigotel

## XXII

## DESPUÉS DEL PRIMER PASO

GERMANA estaba echada en su cama; cerca de ella ardía todavía la lámpara, cuya pantalla atenuaba la luz.

El despertador, colocado en la chimenea, hacía oír su *tic tac* monótono y exasperante, que anuncia la huída continua de las horas de la noche.

La joven dormía.

El cansancio se había sobrepuesto á las preocupaciones que la habían dominado á su regreso, después de un día tan accidentado y que había ido á reunirse con los otros en los abismos sin fondo del pasado.

Sus cabellos sueltos formaban en su cabeza una aureola, y como una corona de mártir. Bajo sus párpados, la laxitud había marcado sus huellas, y sobre sus labios persistía, á pesar del reposo, una expresión de profundo sufrimiento, como el del de un paciente á quien un cirujano hubiese operado después de haberle dormido con cloroformo.

Su brazo desnudo, digno de que lo copiase un estatuario, descansaba sobre las ropas, y en sus dedos tenía una carta arrugada.

El reloj señalaba las tres y media.

Germana, que había regresado un poco antes de media noche, había encontrado aquella carta que el cajero llevara al anochecer.

Josselin la había escrito bajo el imperio de la

cólera más violenta que pueda dominar el corazón y la cabeza de un hombre. Si Germana hubiera sido su mujer, no hubiera sufrido él más terrible acceso de rabia.

Había cogido á bulto todas las injurias, todos los ultrajes, y se los había arrojado á la cara de la desgraciada.

La contaba cómo la había sorprendido con el duque.

«Es usted una bribona hipócrita—le decía.

¿Qué necesidad tenía de mentir y de engañar? Ahora sí que todo ha concluído. Puede usted arrojar la máscara; lo sé todo. La aborrezco tanto como la he amado, y la desprecio todavía más de lo que la detesto.

La casualidad, que se encarga de revelar las bajezas y las cobardías, la ha vendido. No había usted contado con eso. La he espiado; y no me ruborizo de haberlo hecho. Tengo por excusa el amor imbécil que la profesaba.

La he visto en ese coche que la conducía á su perdición, al lado de ese vencedor, que tiene títulos para deslumbrar, lacayos para servirla y oro para pagarla».

Después de un diluvio de epítetos recogidos en el arroyo, decía:

«No sé lo que será de mí. Estoy aterrado con este odioso descubrimiento, que ha reducido á polvo mis esperanzas. No tengo más que un deseo, el de no encontrarme jamás frente á usted. Espero no volver á verla.

El sonrojo de la vergüenza la delataría si tuviera usted el descaro de aparecer entre nosotros. Además, ¿qué necesidad tiene ya de la modesta posición de que vivía? El duque es bastante rico para darla

lo que la ha tentado: un hotel, carruajes, diamantes y rentas. Puesto que ha caído, trate de recoger el precio de su infamia y deje á otra el puesto que para nada puede servirla ya. ¡Ah, Germana, tome ese partido, porque si, por mi desgracia, la volviese á encontrar, no sé de lo que sería capaz!

La hubiera perdonado que amase á otro y no á mí; pero haberse vendido, jamás. No dudo de que tendrá su pena: el mismo que ha abusado de su credulidad se encargará de castigarla.

Pronto se cansará de usted, como de tantas otras, é irá á reunirse con sus compañeras en el fango por donde ruedan. Lo que ha sucedido estaba escrito. ¿No tenía usted sangre de perdida en las venas? Adiós. La odio, porque veo mis ilusiones arrastradas por el lodo, por la doblez de su conducta, por el mal que me ha hecho. ¡Plegue á Dios que no la vea más y ruéguele, si sabe aún pronunciar su nombre, que me haga olvidar el de usted!

JOSSELIN».

Germana había leído y releído esta carta con estremecimientos de cólera contra aquel amante desdeñado. Después, cuando le pasó el primer momento de su ira, estuvo á punto de disculpar á Josselin. Su bondad natural se sobreponía en ella. ¿Qué no se le perdona á un amor exaltado? ¿Y qué probaba el espionaje del cajero más que una indomable pasión? ¿Qué probaba aquella diatriba sino la explosión de un dolor agudo, la rabia de la derrota, dando la medida de la intensidad de los deseos concebidos?

Por otro lado, Germana se veía obligada á reconocer que merecía aquellos reproches. ¿Qué había hecho? ¿Adónde había ido? ¿Con quién? ¿Cómo había vuelto? ¿Había circunstancia algu-

na que pudiera atenuar su falta y hacerla disculpable? Evidentemente, no. En su candor, ella se condenaba con más dureza que lo hubieran podido hacer los más severos jueces.

Había caído de repente, sin darse cuenta, por coquetería, como una chiquilla que era, por adulación, porque se creía bella y la agradaba oírsele decir.

Aquella casa adonde el duque la había conducido, ¿qué era más que una de esas locuras de príncipes que viven dedicados al placer y á las orgías, que se quieren ocultar en la sombra? Una especie de harén por donde otras habían pasado antes que ella, como por aquel gabinete de allá abajo—como lo había contado Nanine,— que le había causado horror.

Mil detalles se le venían á la imaginación, y en los cuales no se había fijado en el primer momento.

En el cuarto de vestir, al lado de aquel otro que nunca olvidaría y dejaba en ella un poso de remordimiento, había visto, á pesar de la obscuridad artificial de las ventanas cerradas, ciertos objetos cuyo significado comprendiera demasiado tarde: abanicos rotos, encajes destrozados, en los cajones guantes olvidados. La mujer del jardinero, que le había servido de doncella, no había podido contener una sonrisa expresiva al poner un poco de orden en la habitación, mientras que el duque, pretextando un gran cansancio, dejaba á Germana haciendo su *toilette*.

Aquella mujer había visto á las otras.

Germana estaba más furiosa contra ella misma que contra las demás.

Se sentía humillada, avergonzada. ¡Había caí-

do tan tontamente en el lazo que la habían tendido! Había jugado, como los niños, con el fuego, y se había quemado los dedos; en un solo día había rodado de la cima, donde estaba, hasta el fondo del precipicio. ¡Si todavía esta caída hubiera quedado ignorada! Pero había tenido un testigo, al que tenía que ver todos los días frente á ella, y delante del cual tendría que bajar la cabeza y que podría obligarla á que comprase su silencio.

La quedaba el recurso de negar, de mentir, de buscar un motivo cualquiera para justificar el paseo.

Pero esta doblez la repugnaba.

Por un momento tuvo la idea de aceptar los ofrecimientos del duque y no volver á su puesto; pero se arrepintió y la rechazó con energía. ¡No ser sino una muchacha que se vende! ¡Justificar los ultrajes de Josselin! ¡Era demasiado vergonzoso!

Tomó rápidamente una resolución.

Renunciaría, si era necesario, á sus relaciones con Rochebonne, suplicándole que no turbase más su tranquilidad.

Había cometido una falta; sufriría las consecuencias.

En cuanto á Josselin, no le contestaría ni le daría ninguna explicación; ella no le debía nada.

Se levantó muy temprano, se vistió con mucho esmero, resignada á todo, y con la cara fatigada é inquieta llegó al almacén un poco antes de la hora...

En el momento en que ella entraba, se encontraba el cajero, de pie, en la acera.

Se estremeció y dió un paso hacia la joven;

pero ella volvió la cabeza á otro lado, como si mirase alguna cosa al pasar.

El señor Bouret estaba á algunos metros de distancia. La dirigió un amistoso saludo.

—Buenos días, pequeña.

El señor Labievre y el señor Perrolet la acogieron con una sonrisa.

Estaba admirada de esta amabilidad.

Suponía que todo el mundo leería en su cara la falta cometida.

Si toda aquella gran familia la hubiera echado, no se hubiera rebelado contra esa severidad; tan justo le parecía que no se la quisiera ya en aquella casa, desde el momento en que tan gran deshonra cayera sobre ella.

Una hora después, al verse rodeada de tantas simpatías y distraída con sus ocupaciones ordinarias, se había tranquilizado por completo.

Ya no temía ni al mismo Josselin.

Reaccionaba y pasó de un extremo al otro.

Tomó cierto aire de resolución que la sentaba á maravilla. Se ocupaba de su servicio con una desenvoltura y un aplomo sorprendentes.

También en su modo de andar había una ligereza y soltura que la hacían más graciosa; parecía que no pesaba *ni una onza*; se la había quitado un peso enorme, como á los estudiantes que acaban de pasar su examen y han salido triunfantes de la prueba.

Al medio día no le quedaban huellas de sus inquietudes.

Decididamente no había cambiado nada en su existencia. Tenía un amigo más, esto era todo.

Josselin había chillado como un pavo enfurecido.

¡Bueno! ¿Qué pretendería? ¿Pensaría inmiscuirse en sus actos é impedirle arreglar su vida como á ella le pareciese?

¡Ah, pero no! Era dueña de sus acciones, y, si quería ser de otro, eso no le importaba á nadie más que á ella. ¿El escándalo? Cierto que ella no lo quería; pero, en el almacén, ¿es que no había algunas en el almacén de quienes contaban anécdotas algo libres y que quizás no fuesen ciertas? Y fuesen ó no, ¿les impedía ser buenas empleadas, fieles y afectas al señor Bouret y á la casa?

Germana se hacía mil razonamientos, procurando demostrarse que no era tan culpable como lo había creído; todo esto se lo decía enderezando con la punta de los dedos un sombrero colocado en su percha ó dando informes á las señoras que se los pedían, con su finura acostumbrada.

¿Por qué tenía que reprocharle aquel animal de Josselin su conducta? ¿Qué le importaba á él? ¿Quería acaso dinero? ¿Es que el duque se lo hubiera ofrecido? Esta injusticia le sulfuraba. ¿De dónde sacaba que ella fuese ligera? ¿De dónde? ¿De dónde?

Alguna vez le asomaba á los ojos una lágrima de despecho; pero la enjugaba en seguida por dignidad, antes de que la percibiesen.

El señor Perrolet estaba en sus glorias.

Nunca Germana había demostrado tanta animación. Nunca había tenido tan buen color, tanta vida.

Se lo dijo á su amigo el señor Labievre, que se paseaba inspeccionando á las señoritas, como era su obligación.

También el señor Labievre estaba contento y disgustado á la vez.

Acababa de sorprender á una señora del gran mundo en sus bolsillos, grandes y anchos, hechos expofeso, todo lo que encontraba al alcance de su mano, pañuelos, puntillas de á dos reales metro, guantes, etc., etc.

—Una monomaniaca, señor Perrolet—decía él.—Hemos encargado sencillamente á su familia que la vigile. ¡Estas pobres gentes!

Si hubiese robado encajes de mil quinientos francos el metro, el señor Labievre hubiera repetido: «¡Una monomaniaca!»

—¡Oh, señor Labievre! Incapaz de hacer mal, no sospechaba que hubiese quien quiera hacerlo.

—Mire usted la pequeña Germana—le dijo el señor Perrolet:—¡parece una rosa!

El cambio era tan marcado, que no pudo por menos de inquirir la causa.

Llamó á su segunda y la hizo sentar entre el señor Labievre y él.

La joven había sentido como una puñalada en el corazón al oír al patrón:

—¡Señorita Germana!

—¿Qué iría á preguntarle? Había hablado confidencialmente con el inspector, volviéndose á mirarla. ¿Tendrá alguna sospecha?

Se aproximó temblando.

—Vamos, hija mía, la dijo el señor Perrolet,—¿qué la sucede hoy?

—¿Por qué me hace esa pregunta, señor Perrolet?

—Porque me parece que ha cambiado usted.

—¿En mal, señor Perrolet?

—No, al contrario. En estos últimos tiempos estaba usted tan triste como un gorro de dormir.

—¿Y hoy?

—Está usted ligera como una mariposa, alerta como un centinela, alegre como una golondrina. ¿Qué hay de nuevo?

—Hay—dijo Germana con embarazo,—que he reflexionado desde el otro día.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que usted me ha dicho á propósito del matrimonio, y...

—¿Y qué?—dijo Perrolet inquieto.

—Que ya me he decidido.

El patrón se puso pálido.

—¡Ah!

—Sí.

—¿Y qué ha decidido usted, hija mía?

—¡Pues bien, no quiero casarme, no, nunca! Y con su airecito atrevido añadió:

—¡Eso es todo!

El señor Perrolet tenía una gana loca de abrazarla, pero el decoro la retuvo en su diván.

—¡Y ese pobre Josselin!—murmuró el señor Labievre, siempre compasivo.

El señor Perrolet tenía una verdadera amistad por el inspector, que era un antiguo conocimiento suyo; pero le lanzó una mirada furibunda, capaz de meter debajo de la tierra á un ser menos tímido.

El digno inspector se contentó con acariciarse la barba, meditando, y guardó sus reflexiones para sí.

Germana se había levantado y había vuelto á sus sombreros.